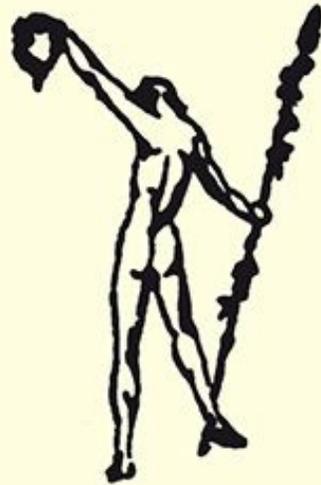


JOSÉ ANTONIO PÉREZ-ROBLEDA

MITOLOGÍA
ÍNTIMA



ADONÁIS

645

EDICIONES RIALP, S. A.

Madrid

JOSÉ ANTONIO PÉREZ-ROBLEDA

MITOLOGÍA ÍNTIMA



ADONÁIS

645
EDICIONES RIALP, S. A.
Madrid

MITOLOGÍA ÍNTIMA

Un jurado compuesto por
Julio Martínez Mesanza, Joaquín Benito de Lucas,
Eloy Sánchez Rosillo, Enrique García-Máiquez
y Carmelo Guillén Acosta

concedió a este libro
un ACCÉSIT del PREMIO ADONÁIS 2014

JOSÉ ANTONIO PÉREZ-ROBLEDA

MITOLOGÍA ÍNTIMA



ADONÁIS

645

EDICIONES RIALP, S. A.

Madrid

© 2015 *by* José Antonio Pérez-Robleda
© 2015 de la presente edición, *by*
EDICIONES RIALP, S.A. - Alcalá 290 - 28027 Madrid
ISBN: 978-84-321-4508-7
ePub producido por Anzos, S. L.

MANIFIESTO DE OTOÑO

QUÍDAM

NORMALMENTE,
los delata su caminar lento,
su cara, exenta de sonrisa,
sus manos, siempre hacia sí,
su alma
impecablemente planchada,
la forma inequívoca en que descubren lo absurdo
de llevar reloj, en fin,
su escasa capacidad de amar.

De todo esto se desprende
que nadie los espera nerviosos
ante una taza de café.
Quizás por ello acostumbran a caminar despacio
y suelen pararse a mirar los escaparates,
por ocupar en algo las largas horas del día,
como si no hubiese otra cosa
más que pasear por la vida de puntillas
siempre ocupados en no dejar en alma alguna,
ni siquiera en la suya,
una arruga chiquitita
que implique
algún acto de amor.

CLASIFICADOS

CABALLERO medieval
de edad indefinida
limpio de armadura
con torre propia y espada de buen temple
desesperadamente busca
joven doncella desvalida
o en situación de desgracia
que desee ser protegida del mundo

MANIFIESTO DE OTOÑO

YO, simple hoja de olmo,
hago público manifiesto
contra la masculina oligarquía
a que nos someten
el invierno, el verano y el otoño.
Reclamo la creación inmediata
de un sindicato de hojas,
y propongo la huelga hojil
como herramienta de presión
con objeto de obtener un referéndum
donde cada hoja pueda pronunciarse
acerca del derecho a ser, o no, perenne
y el progresivo abandono,
con carácter retroactivo,
de la vigente ley estacional,
para poder vestir
siempre siempre
de verde.

EL SACRIFICIO DE LA HOJA

CADA hoja desprendida
es un susurro derramado
que, poco a poco,
va formando
un alfombrado vivo
que cuidadosamente retiran
laboriosos barrenderos.

Cada hoja que cae,
es un pedazo de muerte
que busca fertilizar
la yerma acera.

En cualquier ciudad civilizada,
la naturaleza subsana
el sacrificio de la hoja caída
a base de
minúsculas flores
o pequeñas rebeldías
que nacen, desafiantes,
en las grietas de la acera.

ARRECHUCHO

TENÍA el arrechucho
vocación de tropiezo en el metro
de despedida con olor a tabaco
de encuentro nocturno en cualquier esquina
o en un portal
o bajo las sábanas

Tenía ese arrechucho
necedad fugaz
propensión al instante

Pero hoy
este arrechucho
es un abrigo de paño
que se ajusta al alma
con lentitud acogedora
con beso en el hombro
y en el cuello
con tu nombre
sin prisa

ALLÍ EN MITAD DE LA CALLE

ALLÍ en mitad de la calle
encontré abandonado
un beso sin nombre

Quién sabe si fue puesto
con dulzura en la mejilla
o perdido por falso
o lanzado con prisa
a un amor que se escapaba

Era sin duda un beso sin labio
en él cabían
todos los besos del mundo

NO PIERDAS NUNCA LA COSTUMBRE DE LA RISA

NO pierdas nunca la costumbre de la risa.
Escucharte riendo es tan grato
que quisiera uno a veces
hacerte reír la vida entera.

SONREIDOR PASIVO

Y qué culpa tengo yo
de haberme acostumbrado a su risa.
Acaso preguntó usted si podía sonreír,
acaso se acercó con un: *disculpe*,
resulta que tengo una sonrisa encantadora:
¿le importa a usted que yo sonría?

Hubiera sido bien distinto:
tal vez entonces yo le hubiese pedido lumbre
para encender mi mejor gesto
y hubiese sonreído con usted
prendiendo cada sonrisa
con la mueca que dejase en su labio la anterior.

Pero, no,
usted, señorita,
llegó, maleducada,
sonriendo sin permiso.
Obligándome, un día tras otro,
a su afición sin yo quererlo,
hasta hacer de mí este pobre adicto
que ya no sabe imaginar la vida
sin esa costumbre suya
de sonreír a mi lado.

ALMA DE GATO

COMO un gato mal criado
suelo presentarme en tu casa de improviso.
Siempre entro por la puerta de atrás
porque tu casa está acogedora,
porque me espera una escudilla de leche en tu cocina,
porque me dejas entrar en tu cama
y yo te doy mi promesa gatuna
de quedarme, eternamente,
a calentar bajo la colcha tus pies fríos.

Entonces, después de encontrar tu cobijo,
haber bebido tu leche
y calentar en pago tus pies bajo la colcha,
me marcho como un gato mal criado,
dejándote, eterna Penélope,
atando y desatando los nudos de tu espera.

Sin embargo,
al cabo de una o dos tardes,
siempre vuelvo.
No porque mi alma de gato tenga hambre
sino porque mi alma de hombre
teme encontrar
cerrada la gatera.

AL RIZAR SU MANO ENTRE MIS MANOS

AL rizar su mano entre mis manos
me pidió un amor verdadero
¡como si existieran amores falsos!

ASEDIO A UNA QUINTA CON HUERTO O JARDÍN

COMO un ejército de un solo hombre
he llegado a tus murallas.
En otro tiempo,
habría dado siete vueltas
y a mi voz se hubiesen derrumbado.
Hoy, llego exhausto ante tus torres,
sin voz para derruir tu fortaleza
ni fuerza para escalar sus muros.

Por eso levanto pronto mi asedio
y te dejo como presente este poema.
En él, he encerrado lo mejor de mi guardia
por si un día abres la puerta
y lo metes tú misma en la ciudad
y me dejas
invadirte desde dentro.

INSTRUCCIONES PARA DIBUJAR TU AMOR EXACTAMENTE

DERRAMAR sobre la mesa los colores
y tomar firmemente el rojo entre los dedos.

Previamente es necesario
haber marcado un margen que diste,
exactamente,
dos centímetros del borde.

Después, llevar a los labios
la parte trasera del color,
acariciarlo de arriba abajo,
buscar con la lengua la madera desnuda,
comprobar sobre la yema
lo agudo de la mina
y
dudar un instante.

Llegado a este punto,
cualquier cosa debería ser posible.

No resulta tu amor
apto para limitantes.

CARTOGRAFÍA

MIS memorias de tu cuerpo
son paisajes de otros mundos
no habitados por el hombre,
el decálogo de demonios
que habita tu sonrisa,
la orografía exacta de tus senos
poblada de arcángeles,
el océano redondo de tu ombligo
y, más allá,
dragones.

Porque todo aventurero que se precie
tiene siempre listos
un barco y una última frontera
por si acaso.

AMORES DE ONCE VARAS

A qué me meto yo en amores de once varas
si a fuerza de amar no me queda un hueso sano
A quién voy a engañar si no a mí con mis sandeces
y mis noestavezserádistinto
A ver cómo le digo yo ahora a mis amigos
que me echen un respunte al corazón
que otra vez me dio por lo mismo por amarte
y otra vez me hiciste un siete
lo mismo se enfadan y me dicen te lo dije
y es verdad a quién se le ocurre sino a mí
meterse en amores de once varas
amarte
como si nunca me hubieses roto el corazón

RIESGO DE ENGANCHE

NO sé con qué excusa
me acerqué a preguntarle
por qué llevaba un clavo ardiendo:

—Pues mire, andaba yo enamorado
ya sabe aquello de la amada, el amado,
el alma desasida...
y no encontré otra cosa a qué agarrarme
que este clavo. Y, claro, no me importó
que estuviese incandescente;
o, quizás, anduviese yo buscando un clavo
a falta de otra cosa incandescente
en qué engancharme para amar,
ya sabe, aquello de la amada, el amado,
el alma desasida...

No supe qué decir y se marchó.
Más tarde pensé que todo corazón roto
debería llevar, bien visible,
un clavo ardiendo
y advertir así
el riesgo de enganche.

LO LI TA

ME encierro, a veces,
a declamar tu nombre,
tan solo por ver
cómo se diluye en el silencio.

Cada vez que te convoco,
mi lengua emprende sin remedio
el ya manido viaje de tres pasos
desde el borde justo del paladar.

Pero, a veces,
la lengua se trabuca entre el lo y el li
y, en vez de apoyarse al tercero
en el filo de los dientes,
se hace morder.

Entonces, elijo el cuarto
más pequeño de la casa
y me quedo, hasta tarde,
a solas con tu ausencia,
pronunciándote
como si, al llenar el minúsculo espacio
con tus tres sílabas,
persuadiese a las paredes
de tu presencia.
A veces, quedo exhausto
y no puedo seguir clamándote.
Necesito dar tregua al silencio.

Entonces, a veces, solo a veces,
oigo tu voz, como un eco,
nombrándome.

NOSTALGIA DE VERANO

EL pasado otoño vi el cadáver
de la mujer que amé en verano.

Me la topé caminando insepulta.
Me atravesó sin verme.
Se marchó macabra.

La observé alejarse largo rato
y, cuando desapareció,
sentí no conservar de aquel verano
más que esta extraña sensación
de haberlo perdido del todo.

ELEGIR LA O

*¿Y si el príncipe
entre ser o no ser
elige “o”?*

JUAN COBOS WILKINS

ES posible que obrase por pereza.
No te digo que no fuese indeciso.
Puede que entre las cosas de su mundo
no hubiese ninguna que le ayudase a
decidir entre ellas o la nada.

Tal vez fuese débil
o cobarde.
Es posible que ante el hierro clavado
en la carne quisiera guardarse, por
si acaso, un resquicio abierto a lo infinito.

Pero pudo también ser más sencillo:
entre ser o no ser
el príncipe eligió la “o”

porque le pareció perverso
perder
la posibilidad de serlo todo.

LA OTRA ORILLA

HOY,
un paseo por la playa es preguntar
de dónde vienen los cadáveres
que el mar arroja a esta orilla.

Encabalgo, con la lenta letanía de mis pasos
sus cuerpos insepultos.
Esquivo, con escándalo, la indecencia
de sus huesos.
Busco en el ocaso
un origen que dé dignidad a su podredumbre.
Y sigo adelante, procurando olvidar
su extrema pertenencia al mundo.

Hoy,
un paseo por la playa es preguntar
si al otro lado habrá una orilla,
donde el mar arroje mi vida sin cuerpo.

HOLOCAUSTO

TRAS la última bomba atómica
tan solo nos sobrevivirá
el signo más claro
de nuestra demencial inteligencia:
press any key to continue.

MITOLOGÍA ÍNTIMA

De todos sus errores,
el mayor fue darle alas poderosas
a un ser para quien creó
un mundo grávido.

SOBRE LOS SERES ALADOS I

Al principio de todo,
ellos se habían amado.
Pero él estaba demasiado ocupado
creando un mundo para ambos
y ella no quiso distraerlo
con lo que consideraba mundano.

Se extraviaron de sí mismos
y se volvieron seres abstractos.
Así, se produjo entre ambos un paréntesis
que vino a durar un millón de años.

Él, entre tanto, creó un mundo casi a su imagen
y ella, entre tanto,
llenó su mundo de seres casi a su semejanza.

Cuando por fin convergieron,
el mundo de él era cálido y seguro
pero angosto para unas alas,
y el mundo de ella era vasto y excitante
pero excesivamente poblado.
Así pasó otro millón de años.

Cuando aconteció lo que se recuerda,
el mundo de él ya estaba carcomido
por lo que no fue difícil destruirlo
y ella había pasado demasiado tiempo constreñida
por lo que no le fue difícil
desplegar las alas, sin ira ni odio, y desaparecer
volando a través de los pedazos de cielo
con la dulzura de los seres alados,
en un acto que luego las crónicas
calificarían de rebelde,
mal llamándolo caída,
cuando ella
simplemente
se elevó.

SOBRE LOS SERES ALADOS II

ES mejor no recoger seres alados.
Si alguna vez aparece alguno
al borde del camino,
lo mejor es despedirse de manera educada
y seguir adelante.

Si no es posible resistir la tentación
y uno opta por tomarlo en brazos
y llevarlo a su casa,
lo mejor es darle un rincón apartado
y ofrecerle pan y agua
no más de una vez al día.

Si, finalmente, uno se encariña
y le ofrece una escudilla de leche con cacao,
si lo acaba enseñando a los amigos
casi con orgullo;
si termina prestando atención
a su sincera gratitud,
lo mejor es hacerse a la idea
de que resulta inútil correr tras ellos.
No hay escudilla que los retenga
ni gatera con que amenazarles.

Con los seres alados,
solo cabe ajustar los prismáticos,
conformarse con el modo en que aman
desde allí arriba,
murmurar desde el suelo:
—Yo también te amo.

SOBRE LOS SERES ALADOS III

LOS seres alados
siempre guardan secretos
que cuando uno descubre
resultan pesados como piedras.

Uno quiere lastrarlos
haciéndoselos tragar,
que caigan por su peso,
y apegarlos al suelo
no sin cierta indigestión.

Pero los seres alados
no saben volar bajo,
tarde o temprano,
vomitan sin culpa,
se elevan sin resentimientos
y lo dejan a uno casi sin nada:
con las manos manchadas de nostalgias
y los pies encharcados
de vómito pétreo.

ARIADNA

DEBISTE haber parado antes
de deshacer mis jerséis
de ovillar la madeja
de dejarme a la intemperie
de escudriñar los recovecos.

No te enfades si a estas alturas
ya no me quedan minotauros.

AMORES DESALMADOS

LOS poetas no estaban equivocados:
solo se ama una vez y es para siempre,
ni hay amor que no dure tras la muerte
ni las almas saben amar en falso.

Entre tanto, los cuerpos desalmados
se trabucan, tropiezan y se pierden
entre otros cuerpos, volviéndose gente,
buscando con las manos otras manos,

otro pecho que llevarse a la piel,
otros labios que llevarse a la boca,
otro cuerpo nocturno que albergar.

Entre tanto el alma, gracias, muy bien:
en cada infinito, a cada hora,
tiene, tan solo, un amor que amar.

MUSA

PORQUE no todos los amos
merecen servidumbre.

Porque no todas las musas merecen
el pago de la desesperación
ni el alboroto de las armas
ni las noches en vela.
De todas las amadas
solo a ti he levantado un altar
en que escribí:

«Jóvenes, afilen agudas sus plumas.
Por esta musa
habrán de emprender batalla».

PEGEA MORENA SOBRE PEDESTAL

HE soñado con manos de escultor
tu cuerpo de bronce.

He socavado sin prisa cada curva
hasta erosionar mis manos
a la hechura de tus recovecos
mi abrazo a imagen de tu pecho
para hacerme a tu semejanza
tal cual eres ahora

Pegea de bronce, tú me ofreces
un manantial de aguas tranquilas.

SIRENAS

Aquel que, imprudentemente, se acerque a ellas y oiga su voz, ya no vuelve a ver a su esposa ni a sus hijos pequeños rodeándole, llenos de júbilo cuando torna a su hogar, sino que le hechizan las sirenas con el sonoro canto sentadas en una pradera y teniendo a su alrededor enorme montón de huesos de hombres putrefactos cuya piel se va consumiendo.

HOMERO

I

A cien leguas de la isla
pedí que me ataran al mástil,
pedí una segunda cuerda,
y cadenas,
y candados
aun más fuertes que mi necesidad.

Todo debía estar dispuesto
según lo previsto:
Verter la cera, yo mismo,
en cada uno de los oídos de mis hombres.
Insultarles.
Halagarles.
Certificar su sordera.
Oler el mar.

No cabía el error.
Era demasiado el riesgo.
Nadie debía averiguar
que ya no me cantan
las sirenas.

II

NO pasa siempre;
pero, de tanto en tanto,
Penélope calla la tejedora y se asoma a la ventana
por si Ulises volviese de la guerra
y quisiera un lecho tibio
o un arco que nadie más pueda tensar.

No es que ocurra con frecuencia
pero, a veces, cuando es de noche
y todos están ebrios allá abajo
y la luna se esconde lo bastante
como para no ser testigo,
Penélope descubre su reflejo.
En ese instante, aparta sus largos cabellos
y descubre que ni uno solo es blanco,
que sus pómulos siguen tersos,
que no hay arrugas en sus ojos,
que sus pechos aún son aquellos
que los hombres codiciaron con deseo.

No es frecuente
pero, de tanto en tanto,
cuando es de noche y todos están ebrios
y la luna se esconde lo bastante,
Penélope desvía la vista
y se descubre mirando a los durmientes,
deseando sus torsos desnudos
buscando con la mirada
otro cuerpo
con que llenar el vacío de Ulises.

Cuando esto pasa,
la ventana se cierra con violencia
y la tejedora retoma su eterno murmullo.

No pasa a menudo,
ni siquiera ha pasado todavía,
pero una noche Penélope descubrirá
que, entre todos los borrachos,

hay uno que finge estar dormido,
uno que espera ansioso,
entre los ronquidos embriagados de los hombres,
una pausa en el arrullo de la tejedora.

No ha pasado todavía,
tampoco es que importe demasiado,
quizá no pase nunca,
quizá la próxima noche sin luna
pero hoy, cuando ella se aparta los cabellos,
él se muerde fuertemente el labio.

III

DESPUÉS de dejar el disfraz,
de desalinearse las hachas
de los pretendientes decapitados;
no volvió la normalidad.

Ulises seguía siendo un hombre apuesto:
su pecho aún ardía del mismo modo,
sus manos aún mostraban deseo.
Penélope sabe que algo le pasa.
Las noches en que se esconde la luna,
siempre después de verterse sobre ella,
Ulises junta sus tobillos.
Como en un antiguo ritual,
sube las manos por fuera del muslo,
le agarra fuerte ambas caderas,
duda un segundo y naufraga entre los muslos.
Penélope sospecha que Ulises
añora el olor del mar.

IV

El navegante, la sirena y el pescadero

EL pescadero aprovechó la ausencia
del navegante para
coger a la sirena.

La dejó suponer
que estaba atado al mástil.
Dejó que se acercara
y le habló muy bajito,
así vertió en su oído
cantos para sirena
y la llevó a su casa
y le dio de cenar
ensalada de loto.

La sirena olvidó al navegante y
se dejó enredar por el pescadero.

Lo besó largamente,
mientras él la miraba
calculando lascivo
los kilos de pescado
que se podrían sacar de la cola.

Esquivó casi a tiempo
abrazo y cuchillo de pescadero.
Creyó poder ocultar el desliz
hasta que vio la herida descamada
que el pescadero le dejó en la cola.

Quiso esconder la llaga
por tener al navegante a su lado.
La silenció con vendas
que pasaba la mañana tejiendo
y que todas las noches destejía.

Funcionó por un tiempo,

hasta que el tufo a pescado podrido
hizo el ambiente demasiado incómodo.

El navegante escamó al pescadero
y dejó a la sirena en un acuario.

Al marcharse recordó con nostalgia
cuando las sirenas tenían alas:
podían volar a su alrededor
no tenían que mentirle a los ojos.

V

DESPUÉS de abandonarla,
el navegante repasó una a una
las viejas maldiciones.

Que los ovarios se te conviertan en espuma.
Que consigas buen precio por tu cola.
Que el océano se abra entre tus muslos.
Que sean otros los que allí naufraguen,
otros los que quieran juntar tus piernas,
que todos busquen en ellas el olor del mar.

Que la tierra te sea muy pesada
y los vientos sean desfavorables.
Que las corrientes te sean adversas,
que te lleven lejos,
que te retengan.

VI

QUISO ser sirena.

[...]

Entregó sus largas piernas,
hechas para levantar suspiros,
a cambio de una cola
perfectamente plateada.

[...]

El pago fue alto:
jamás alcanzaría la paz
ni el descanso eternos.

[...]

Después del luto se lanzó al mar
en busca de otros navegantes.

VII

[...]
a nadie parecía importarle cómo llegó
[...]

Le prohibieron cantar
por si acaso,
no se tenían datos suficientes

[...]
La sentaron del lazo izquierdo
querían esconder la marca.

[...]
Y a nadie parecía importarle el peligro
mientras su cola brillase
bajo el flash de las cámaras,
y el agua escondiese
el olor a podredumbre.

VIII

ANTES de pulsarlo,
limpió de polvo el resorte del diorama.
Una voz metálica
pareció salir de todas partes.

*Bienvenidos a la zona de desastre.
Si miran a su izquierda podrán ver
los huesos roídos de los hombres;
a su derecha,
los barcos encallados;
detrás suyo,
una representación de promesas falsas
y al frente
una auténtica sirena viva traída de...*

Mientras seguía la grabación
caminó al frente,
se acercó al borde de la pecera
y la miró largo rato.
A falta de otra cosa
la sirena le ofreció sus pechos caídos.
Él
prendió un cigarro y se lo pasó.
No se podía fumar ahí.
Tampoco es que importase demasiado.

IX

HABÍA pasado por la puerta
más de un millón de veces
sin entrar;
hoy, había un cartel:

*Se traspasa acuario.
Último día.*

De repente,
sentí la inexplicable obligación
de ser uno de los últimos visitantes.

Nada más pagar
supe que el acuario
tuvo tiempos mejores.

Tras un breve paseo
entre conchas empolvadas y fósiles marinos,
la encontré
detrás de los huesos de ballena.

Estaba recostada del lado izquierdo
con el agua a la cintura
tan escamada
que el fondo del acuario
parecía un lecho de plumas sucias.

Me acerqué al borde del cristal
tan cerca
que podía haberla acariciado.

La miré a los ojos.
Sonreí.
Ella hizo un intento
por mover su oronda cola
y abrió la profundidad de sus ojos.
La miré, muy atento,
hasta no soportar su brillo oscuro.
Me di la vuelta y me fui.

Mientras me alejaba
pude sentir el hondo regusto
que dejan las cosas
que no volverán a suceder.

X

MUY pronto descubrió
que su cola no valía
nada.

La cambió por el mejor par de piernas
que pudo encontrar.
Eran largas y esbeltas,
hechas para levantar suspiros.
Sólo una pequeña cicatriz
señalaba donde estuvo la marca.

Caminó, por un tiempo,
intentado cobrar las promesas
vertidas en el acuario;
y luego,
naufregó
en los océanos que sirven
en ciertos bares.

Se convirtió en leyenda:
un cuento que cuentan
en ciertas tabernas.

Nadie supo si se marchó.
Si regresó a la costa.
Si se llamaba Penélope.
Si hubo un cadáver.
Si vinieron por ella.
Simplemente,
desapareció o la olvidaron.
Tampoco es que importase demasiado.

XI

LA sirena se ríe de su propia leyenda:

No llora por las noches.

No acecha por los baños.

No concibe su lecho

rodeado de huesos de amantes.

Su secreto es más triste:

las noches sin luna, siempre después,

canta bajito

mientras frota sus muslos

con jabones pequeños:

quiere borrar de su memoria

ese olor a pescado podrido

y a nadie parece

importarle demasiado.

Índice

MANIFIESTO DE OTOÑO	7
Quídam	8
Clasificados	9
Manifiesto de otoño	10
El sacrificio de la hoja	11
Arrechucho	12
Allí en mitad de la calle	13
No pierdas nunca la costumbre de la risa	14
Sonreidor pasivo	15
Alma de gato	16
Al rizar su mano entre mis manos	17
Asedio a una quinta con huerto o jardín	18
Instrucciones para dibujar tu amor exactamente	19
Cartografía	20
Amores de once varas	21
Riesgo de enganche	22
Lo li ta	23
Nostalgia de verano	24
Elegir la O	25
La otra orilla	26
Holocausto	27
MITOLOGÍA ÍNTIMA	28
Sobre los seres alados I	30
Sobre los seres alados II	31
Sobre los seres alados III	32
Ariadna	33
Amores desalmados	34
Musa	35
Pegea morena sobre pedestal	36
SIRENAS	37
I	39
II	40
III	42

IV	43
V	45
VI	46
VII	47
VIII	48
IX	49
X	51
XI	52